

UNA VITA PER IL TEATRO

Por Lluís Pasqual

Un día en *La Joie de Lire*, la librería del Barrio Latino en la que los españoles podíamos escapar del siniestro y sórdido ayuno al que el Generalísimo nos tenía sometidos, descubrí las *Memorias* de Goldoni. En ese momento ignoraba - y lo sigo ignorando aún- si el libro existía en traducción castellana, no conocía Italia y siendo nuestro acceso difícil a los libros en italiano, las compré y las leí en francés. Años más tarde conociendo ya Italia y su extraordinaria lengua aprendí a leer a Goldoni en "dialetto" e "in lingua" como dicen los italianos; es decir, básicamente en veneciano y en esa invención literaria que conocemos por "italiano".

Goldoni es un buen compañero de viaje y uno de los tomos de sus obras completas me acompañó en el primer viaje a Buenos Aires con el Centro Dramático Nacional cuando fuimos a representar *Eduardo II*. Fue en el avión cuando caí absolutamente rendido ante la que es para mí una de las obras maestras de la historia del teatro *Une delle ultime sere di carnevale* (*Una de las últimas tardes (!) de carnaval*). El "ataque" de amor por la obra escrita en un entrañable y musicalísimo veneciano, hizo que el sueño de llevarla al escenario se convirtiera en una urgencia emotiva casi inexplicable para mí mismo. Siempre he pensado que hay obras que uno elige y obras que le eligen a uno. La sonoridad del catalán, muy parecido a la

cadencia veneciana, la riqueza de matices de todos los personajes, la profundidad y al mismo tiempo la solaridad y liviandad de personajes y la riqueza de las situaciones aparentemente simples, llenó de alegría, de bienestar y de creencia en el ser humano a los componentes del Lliure en los ensayos y las representaciones.

Las situaciones más cotidianas (la llegada a una casa de un pequeño artesano-tejedor en el primer acto, una partida de cartas en el segundo y una cena en el tercero con una historia de amor como hilo conductor) forman una trama de sentimientos cuya perfección sólo he podido intuir en algunas páginas de Mozart o de Chejov, tal es el conocimiento de Goldoni de la vida y del teatro. Los actores fueron felices y el público con ellos.

El espectáculo desde su creación en 1.984 ha sido repuesto varias veces. Hemos hecho gira por Catalunya, por España, por Europa. La última reposición fue durante la Guerra del Golfo: tres meses más en cartel a teatro lleno con la sensación de que Goldoni nos llegaba como un bálsamo, no que nos alejara del hombre y sus contradicciones sino que hacía posible aún creer en el ser humano como alguien capaz de producir algo más que horror y más horror. El espectáculo me hizo y me hace tan feliz cada vez que lo volvemos a ensayar para representarlo que me he desviado mucho de mi intención al empezar a escribir. Voy a intentarlo. Hay en *Une delle ultime sere di carnevale*, una

"Un dels últims vespres de Carnaval".
Direcció: Lluís Pasqual.
(1991).
Teatre Lliure.
(Foto: Ros Ribas)





contrafigura de Goldoni, Anzoletto, que parte de Venecia, su patria para irse lejos, al extranjero a "aprender y ejercer su oficio como siempre lo he hecho". La obra la escribió Goldoni para despedirse de su compañía en Venecia antes a partir de París donde colaboró con el *Théâtre des Italiens* y con la *Comédie Française*.

Buscando un pasaje de las *Memorias* que pudiera iluminar el estado de ánimo de Goldoni, motor para mí de una puesta en escena, descubrí, primero, con sorpresa que las había escrito directamente en francés.

Había sido su último texto, luminoso, simplísimo, profundo, toda una vida dedicada al teatro. Después mi curiosidad aumentó y comencé a seguir todas las pistas posibles de sus biógrafos y de sus contemporáneos. Goldoni que había creado y dado la vuelta al gran teatro italiano del siglo XVIII recreando la tradición de *Commedia dell'Arte* y elevándola a categoría literaria y poética, que escribía para los actores y para el público, el mismo que había huído de su casa y de sus padres medianamente acaudalados para integrarse en una compañía ambulante, el hombre que lleno de amor y de sabiduría había llenado durante años y años los teatros de risas y lágrimas, de humanidad y ternura, había sido totalmente olvidado por su compatriotas.

Rechazado en Francia por italianizante en una ola de "chauvinismo" parecida a la derechización que nos invade ahora, enmascarada, más o menos por esa palabra, en el fondo repugnante, que se llama tolerancia, había sido sin embargo "contratado" por la Corte como profesor de italiano.

Cuando llegó la Revolución, ésta lo olvidó y murió en la más absoluta miseria en un piso oscuro del Barrio Latino, muy cerca de esa librería donde yo compré sus *Memorias*. El hombre absolutamente genuino y con esa gran intuición europea capaz de recrear los distintos "dialettos" italianos y de reinventar como Dante una "lingua bellissima", fue enterrado, ignorado por su compatriotas, gracias a la colecta de unos actores casi tan pobres como él y probablemente -no lo sé muy bien- no en tierra sagrada.

Hace unos años en un momento bastante amargo, una gran actriz amiga mía me dijo: "del teatro puedes esperar momentos felices pero también esto que voy a contarte: En Madrid tal día como hoy hace unos años, aparecía en el periódico la noticia de que una gran actriz padecía una enfermedad incurable. Esa misma noche la actriz debutaba en el Teatro de la Comedia, tuvo un blanco (es decir un olvido en el texto) y la abucharon". Y en la página 37 de sus *Memorias* Goldoni escribe, en aparente tono menor: "¡Ay del país que olvida a sus artistas!" como una intuición terrible. Y todo eso, además, con la elegancia de la que sólo son capaces los grandes del iluminismo, siempre con una sonrisa nostálgica y solar.

Lean a Goldoni. Leer teatro es, para mucha gente, aburrido. Lo comprendo perfectamente. ¡Goldoni no! Vayan a verlo, si tienen la oportunidad de que figure en nuestra exigua cartelera. Pero si no es así, léanlo. De verdad, me lo agradecerán.

"Un dels últims vespres de Carnaval".
Direcció: Lluís Pasqual.
(1991).
Teatre Lliure.
(Foto: Ros Ribas)

Febrero 1993